

VINGT-HUIT SIÈCLES D'EUROPE
Y LES CHANCES DE L'EUROPE

de Denis de Rougemont

Denis DE ROUGEMONT (1961): *Tres milenios de Europa. La conciencia europea a través de los textos. De Hesíodo a nuestro tiempo*. Traducción de Fernando Vela. Madrid: Revista de Occidente, 1963, 418 pp.

Denis DE ROUGEMONT (1962): *Europa como probabilidad*. Traducción de Emilio Artacho. Madrid: Taurus, 1964, 112 pp.

Lo que hace a los clásicos es el valor imperecedero de sus obras y en el caso de los textos, lo que permite que un escrito se convierta en clásico es que quien lo lea años después de haber sido escrito, obtenga de él una respuesta a su sentir y vivir cotidiano, sin percibir apenas que está leyendo una obra ajena al tiempo histórico en que es leída y a las circunstancias vitales del lector. Es, en este sentido, en el que podemos decir que, claramente, Denis de Rougemont es uno de los clásicos del europeísmo, pues sus palabras de hace medio siglo siguen teniendo plena vigencia en relación con una Unión Europea que hoy lleva ya cinco décadas de vida oficial.

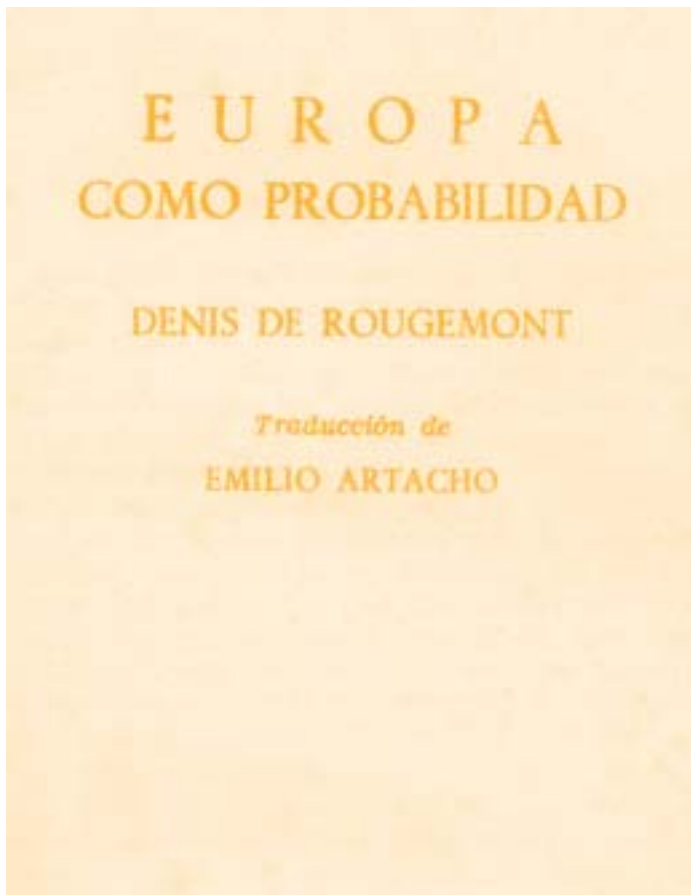
Suizo de nacimiento y europeo de vocación, nació en 1906 y murió en 1985. Cercano a escritores como Mounier (colaboró en las publicaciones *Esprit* y *Ordre Nouveau*), en 1950 fundó en Ginebra el Centro Europeo de la Cultura. En todo momento estuvo en el epicentro del europeísmo de su época y entre sus obras más célebres, además de las que analizaremos, se encuentran *L'amour et l'Occident* (1939), *La Suisse, ou l'histoire d'un peuple hereux* (1965) o *Lettre ouverte aux Européens* (1970). Fue uno de los pensadores que, fogueados con la metralla intelectual y moral que supuso la II Guerra Mundial, surgió de las cenizas europeas con la clara y firme idea de la necesidad de crear una Europa unida con el fin de evitar que la guerra volviera a asolar, por tercera vez en el plazo de unas décadas, el planeta: «la paz europea –escribió en *Europa como probabilidad*– es la viga maestra de la paz mundial». Es esta seguridad la que debió de contribuir en gran medida a cimentar y consolidar la fe en el proyecto europeo que mostraron tanto Rougemont como otros europeístas de su generación. Él mismo inicia *Europa como probabilidad* remarcando esta idea:

Quisiera hablarles de Europa no como de una causa que haya que defender o de una patria más amplia que haya que alabar, sino como una *aventura decisiva para toda la humanidad*.

Interesa resaltar que no se trataba de una excepción sino de un clamor en toda Europa. Sólo unos años antes, tras dos guerras cuyo horror ni siquiera acertaremos a intuir quienes no las vivimos, un griego italianizado había avisado, en 1944, de que «Europa crece y se desarrolla para ser en el mundo lo que los Balcanes han sido hasta ahora en el seno de Europa». Y concluía preguntándose: «¿Hay una voluntad suicida más explícita?»¹. En 1947 Mounier, en *Esprit*, lo expresaba con toda claridad:

Hay que despertar a los pueblos de Europa de esta muerte pasiva. Desde hace tres años, Europa no sabe dónde encontrarse a sí misma. Tiene una razón de aquí en adelante. La primera vocación de Europa es hacer que no estalle la tercera guerra mundial².

En este sentido, es fácil convenir que resultaría difícil hallar una generación más europeísta o pro-europea que aquella y, no en vano, a sus miembros correspondió la tarea de poner en marcha la nueva concepción de la Europa que entraba en la segunda mitad del siglo XX. De entre sus numerosas obras, dos son las que ocuparán ahora nuestra atención aquí para analizar su figura: *Tres milenios de Europa. La conciencia europea a través de los textos. De Hesíodo a nuestro tiempo*, publicada en París en 1961, y *Europa como probabilidad*, fruto de una serie de conferencias dadas en la universidad de Ginebra y publicadas, en 1962, en la ciudad suiza de Neuchâtel. Un año después de sus ediciones originales eran, ambas obras, traducidas al español por dos editoriales tan representativas y en clara sintonía con lo que ocurría más allá de los Pirineos, como Revista de Occidente y la ya mítica Taurus de Jesús Aguirre. En cuanto a la primera, *Tres milenios de Europa*, es un verdadero compendio de cuanto sobre Europa han reflexionado los pensadores y filósofos del continente a lo largo de casi 3.000 años; bajo un criterio estrictamente cronológico, Rougemont la dividió en siete partes, a saber: de Hesíodo a Carlomagno; de Pierre du Bois al abad de Saint-Pierre; de Leibniz a Condorcet; de Kant a Hegel; de Mazzini a Georges



Sorel; de Spengler a Ortega, y por último, y con un gran salto cualitativo, de la unidad cultural a la unidad política.

Es importante resaltar el título de este último apartado porque, a diferencia del resto, y a pesar de hallarse constituido igualmente por el análisis de una serie de autores cuyas ideas sobre Europa constituyen el centro de atención de Rougemont, éste prefiere en este caso encarar el estudio de su época, la de su generación, como la recapitulación de toda la evolución anterior y el momento de llevar a cabo la transformación de la idea, pensada y arrastrada durante siglos, en acto.

Desde hace un tercio de siglo, la Europa intelectual [...] no ha cesado de interrogarse sobre sus verdaderos objetivos, sobre los que puede y debe dar a sus sueños y a su voluntad.

Texto a texto, autor tras autor, Rougemont va espigando cuanto relativo a la idea de Europa aparece en su civilización desde los orígenes mitológicos de su nombre hasta los albores del siglo XX en que toda una generación de intelectuales llame la atención sobre su decadencia y una idea que necesita pasar a la acción si no quiere acabar agostada entre las ruinas del siglo. Es entonces cuando comienza a plantearse ya en las esferas políticas el porvenir de esa idea; de todo esto dan buena cuenta las dos últimas partes del libro y, en este mismo sentido, la obra se completa con una serie de documentos que, bajo el título «Manifestos para la Unión europea (de 1922 a 1960)» pasan revista a la evolución de dicho concepto en la primera mitad del siglo pasado.

Rougemont enumera más de un centenar de autores de los que expone lo esencial de su concepto de Europa con la intención de justificar, ideológica e intelectualmente, el

proyecto político y económico que, en el momento de publicar su obra, ya estaba en marcha desde hacía una década. Supone Rougemont, desde esta perspectiva, uno de los bastiones esenciales de la construcción del edificio europeo en su aspecto teórico y, si otras figuras de la época, como Monnet o Adenauer por ejemplo, fueron actores directos de la obra que se estaba representando en la política europea, él contribuía entre bambalinas a preparar el decorado y crear una mentalidad favorable al proyectos europeo mediante la justificación erudita. La unión no era algo nuevo que se le hubiera ocurrido a una generación trastornada por los desastres de la guerra. La guerra en Europa, por el contrario, era un problema crónico que estaba tras los proyectos de unión, quiméricos unas veces, más coherentes y realistas otras, que habían propuesto intelectuales europeos durante siglos.

La Europa de Carlomagno frente al Islam o la del s. XVI frente a los turcos vieron en la unidad política el modo de acabar con la guerra. Es más, fue la consecución de la paz lo que llevaría a los pioneros, como el monje francés Émeric Crucé, allá por el siglo XVII a hablar de la idea de unión europea como realidad que había que concretar. A finales del s. XVII William Penn, cuáquero inglés creador del estado norteamericano de Pennsylvania, escribió su *Essay towards the Present and Future Peace of Europe* en el que, como nos dice Rougemont en *Tres milenios de Europa* manifestaba que

si los soberanos de Europa [...], se pusieran de acuerdo, por la misma razón que inclina a los hombres a la vida social, a saber, el amor de la paz y del orden, para encontrarse con sus delegados, en una Dieta general, un Estamento o Parlamento, establecer las reglas de justicia que han de observarse mutuamente por todos; para reunirse así todos los años [...]; para llevar ante esta soberana asamblea todas las diferencias pendientes [...]; entonces, ciertamente, Europa conseguiría por este medio la paz tan deseada por sus habitantes torturados, abrumados³.

El libro, a pesar de su importancia y densidad, no es exhaustivo, y faltan en él numerosas voces que en su tiempo reflexionaron sobre la idea de Europa. En cualquier caso, lo que el autor pretendía demostrar quedó suficientemente a la luz pues, junto al estudio de la evolución cronológica de la conciencia europea, que es el eje fundamental de *Tres milenios de Europa*, lo que Denis de Rougemont demostró a los europeos era que, a pesar de la sombría historia de guerras y odios que cualquiera que mirase atrás podía ver, Europa había ido constituyéndose, lenta pero irrenunciablemente, como un todo cada vez más cohesionado. «Más tarde o más temprano –había escrito el citado Savinio en 1944– Europa, aun sin darse cuenta de ello, se formará»⁴. Ambas ideas se destilan, con mayor claridad incluso, en el conjunto de conferencias que Rougemont tituló *Europa como probabilidad* y que son una continuación o epílogo condensado de su obra anterior.

Precisamente esa formación inevitable de la que hablaba Savinio había tenido a lo largo de la historia, para el suizo, tres elementos o motores fundamentales: la vitalidad, la voluntad y la vocación. En la suma de estos factores radicaría la probabilidad de un futuro que contrarrestara al mismo tiempo la inferioridad política de los Estados europeos y el mundo bipolar que la Guerra Fría había institucionalizado. En síntesis, el desarrollo sería el que sigue: Europa es plural y su pluralidad enriquece con sus tensiones el potencial que

ha hecho de ella lo que ha sido a lo largo de la historia: es lo que Rougemont denomina el «dinamismo europeo». En esa pluralidad radica asimismo para el autor, y esto es una deuda con su tiempo, la contribución europea al ecumenismo. Sin embargo, la pregunta, retórica claro está, que se hace Rougemont es si Europa quiere vivir o no. Ya en *Tres milenios de Europa* había manifestado que la base de la unión federal se encontraba en esa «unidad en la diversidad», pero es necesario que lo que es conciencia sea también acto. De ahí que, para él, «la voluntad de vivir de Europa significa, en la práctica, *voluntad de unirse*». Así, por último, alejándose de los extremos que supondría la mera alianza entre los Estados europeos, por un lado, y la integración total de los mismos, por otro, la vocación de Europa sería, para Rougemont, «ofrecer al mundo nuevo el ejemplo conseguido de una gran Federación».

Enlaza de este modo *Europa como probabilidad* con las tesis generales con las que Rougemont había encabezado *Tres milenios de Europa*: la primera que «Europa es mucho más antigua que sus naciones»; segunda, que la función de Europa es «universalizante» a lo largo de la historia, y «sigue siendo responsable de una vocación mundial, que no podrá sostener más que federando sus fuerzas»; en tercer lugar, la ya mencionada antigüedad de la idea de Europa y, por último, el hecho evidente de que de nada sirve hablar de Europa si no se hace: «el verdadero medio de definirla es construirla». El análisis de *Europa como probabilidad* nos convence del acierto y la clarividencia de este autor en lo concerniente al futuro de la Europa unida. El desconocimiento y la lejanía de la historia pasada hacen creer con frecuencia a los hombres que las raíces del presente son más cortas de lo que realmente son. Ocurre así con la historia de Europa como entidad política y, aunque muchas de las referencias de Rougemont se hundan en la bruma de la Antigüedad, no puede por menos dejar de pensarse que existe un hilo que atraviesa las épocas haciendo de la idea de Europa algo más que una mera alusión al paisaje.

Por esa razón conviene hoy recordar el pensamiento de Rougemont y de su generación. Ellos se esforzaron en un trabajo hercúleo cuando sólo había un siniestro pasado en el que hablar de Europa era, sobre todo, una quimera necesitada de olvido y perdón. Es paradójico cómo en nuestra época vuelven a salir a la superficie determinados odios intereuropeos. Precisamente, el desinterés por la cuestión europea demuestra un nacionalismo de corte estatal que olvida una idea que ya hemos resaltado, la de que Europa es mucho más antigua que sus naciones. Algo que nunca deberíamos perder de vista las generaciones actuales.

Cita Rougemont, en las últimas páginas de *Tres milenios de Europa*, al historiador Christopher Dawson quien decía, en 1932, que la unión política europea implica la existencia de una «conciencia europea común». Sólo un par de años después el historiador de la cultura Paul Hazard iba a publicar un libro memorable, *La crisis de la conciencia europea*, donde analizaba las transformaciones habidas en la forma de pensar entre los europeos en el paso del siglo XVII al XVIII, y en el que escribía lo siguiente impregnado, evidentemente, del europeísmo optimista y esperanzado de aquellos años:

Dividida contra sí misma cuanto se quiera, Europa se transforma en cuanto se la opone a los continentes que ha sabido dominar y que vencería de nuevo si fuera menester. En el espíritu de sus pueblos permanece el recuerdo de las navegaciones heroicas, de los descubrimientos, de los galeones cargados de oro, de las banderas gloriosas que se han plantado sobre las ruinas de los imperios salvajes⁵.

Ésta es, sin duda alguna, la conciencia europea que en las primeras décadas del siglo XX llevó a cabo una transformación intelectual sobre la forma de concebir Europa y la necesidad urgente de eliminar la guerra como motor de la historia en el continente. Así se gestó la realidad política que vivimos hoy construyéndola día a día. Ha sido Bergier, otro suizo como Rougemont, quien ha manifestado que hoy «l'Europe n'est plus une simple donnée naturelle, mais le produit d'efforts successifs, donc d'une conscience. Pour qu'elle devienne ce qu'elle est, il a fallu siècle après siècle qu'elle fût prise en compte par les acteurs de son histoire»⁶. Es dicha conciencia de lo que se ha sido, en definitiva, lo que hace que se supere lo meramente geográfico, como dice Bergier. O, esta vez con palabras del propio Rougemont, «Europa sin cultura no es más que un cabo de Asia». Hubo en el siglo pasado una generación de intelectuales que pensaron Europa desde la responsabilidad de quienes han de decidir sobre un futuro que se antoja oscuro. Quizás el tiempo les dé la razón y veamos que, en cierto modo, redimieron para la Historia a los europeos de la primera mitad del siglo XX. Denis de Rougemont fue uno de aquéllos.

Notas

- ¹ Alberto SAVINIO, *El destino de Europa*. Barcelona, Bruzguera, 1984, p. 88.
- ² Emmanuel MOUNIER, *Obras completas*, vol. IV. Salamanca, Sígueme, 1988, p. 288.
- ³ Citado en *Tres milenios de Europa*, op. cit., p. 109.
- ⁴ Alberto SAVINIO, op. cit., p. 124.
- ⁵ Paul HAZARD, *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*. Madrid, Alianza, 1988, p. 366.
- ⁶ Jean-François BERGIER, *Europe et les Suisses. Impertinences d'un historien*. Genève, Zoé, 1992, p. 46.



Revista de Occidente
Madrid